

# Hello, World! (Argumento)

Saru Ruiz

**Hello, World!**

**Saru Ruiz**

## Capítulo 1

“Qué ironía”, pienso tras la primera explosión, “encontrar el éxito justo ahora, que se acaba el mundo”.

Habíamos llegado a casa de Fernando y Laura apenas unos minutos antes, tras comprar los ingredientes necesarios para preparar una cena especial, porque ésa era la noche de un día especial, al menos para mí.

Por mi mente, sin embargo, no pasaba ni de broma que en ese momento estallaría una de las casas del fraccionamiento en el que vivían mis amigos. Mucho menos que la explosión daría paso a una reacción en cadena que consumiría, uno a uno, los hogares de las familias cercanas.

“¿Qué podría provocar esa reacción?”, traté de dilucidar por un momento y, al instante, la respuesta se dibujó en mi mente: “¡Las líneas de gas!”.

Grité tan fuerte como pude para que mis amigos me escucharan por encima del estruendo, debíamos salir de ahí cuanto antes. Di media vuelta y fui hacia la puerta posterior, que era la más cercana, y me alejé hacia el jardín. Volteé hacia atrás, para ver si ellos venían, pero lo único que vi fue el resplandor y, en cámara lenta, cómo el suelo se quebraba bajo la casa, partiendo las paredes y, por último, abriendo el techo.

De un salto, o tal vez por efecto de la explosión, pasé al otro lado de la cerca que separaba el patio trasero del terreno de un edificio de departamentos contiguo.

El impacto casi me hizo perder la conciencia, pero el golpe de adrenalina me mantuvo despierto y con fuerza para levantarme. Miré a mi alrededor y por unos momentos me sentí seguro, el espacio abierto era muy amplio. Me encontraba en los jardines de un conjunto de departamentos de lujo, incrustado en uno de los cerros que rodeaban la ciudad. Desde ahí, donde la simplicidad en la decoración y la amplitud del espacio eran sinónimos de un alto nivel de vida, pude apreciar el horror de la escena en todo su esplendor.

Mi tiempo de contemplación fue breve, pues con un silbido muy fuerte y un rugido, la tierra se partió en dos, en ruta hacia los edificios de departamentos, que pronto estallaron en llamas, convirtiéndose en gigantes de fuego, titanes consumidos por lo que parecía ser la furia de dioses invisibles, celosos de su poder.

Corrí de nuevo, para alejarme del peligro y encontré, a unos cien metros del jardín, una entrada de servicio. Supongo que los residentes habían decidido que su entrada dorada era demasiado importante para dejar a los

empleados usarla a su conveniencia.

El personal de seguridad corría de un lado a otro, así que fue fácil escabullirme por ahí, aunque uno de los vigilantes me advirtió que no debía hacerlo, mucho menos a esa hora ni en las circunstancias presentes.

Debí haberlo escuchado, pues la salida me llevó a uno de los barrios más pobres de la ciudad, una espina de pobreza que se encontraba clavada en la espina dorsal de la comunidad adinerada con la que compartía el costado de la colina. Pero el problema no era ése, en particular, ni la posibilidad de que algún delincuente me asaltara. El verdadero peligro, en ese momento, era que el barrio se había sumergido en el caos generado por las explosiones.

Los vecinos del lugar habían salido a las calles, rompían ventanas, gritaban y celebraban, como si fuera el inicio de una revolución, la caída de un régimen opresor que los había estado aplastando hasta entonces. Supongo que la envidia acumulada había estallado con las propiedades de la gente adinerada.

Traté de hacer una llamada, pero las líneas estaban saturadas y fue imposible comunicarme. De pronto escuché disparos, corrí a refugiarme detrás de un automóvil y noté la luz de las patrullas. La policía llegaba para poner orden en la zona, pero su presencia logró todo lo contrario, pues la agitación aumentó y algunos de los residentes sacaron las armas con las que defendían sus hogares contra otro tipo de intrusos.

Dio inicio una batalla por el control de las calles, mientras lo único que yo pensaba era la forma de salir de ahí. Había en mi mente un propósito que suprimía al resto: llegar a casa de Dante, saber que estaba bien y hacerle saber lo mismo de mí.

Llegaron refuerzos y, poco a poco, las líneas de las fuerzas policiales ganaron terreno hasta reprimir a los vecinos. Yo había estado a punto de escapar de la escena, pero el fuego cruzado evitó que pudiera moverme conforme me acercaba a las autoridades, por lo que me vi forzado a retroceder y esconderme en una tienda de abarrotes, donde uno de los oficiales me encontró y, sin preguntar, de un cachazo me arrebató la conciencia.

Abrí los ojos en mi departamento, había estado jugando uno de esos videojuegos que requieren prueba y error, cuya dificultad se encuentra en aprender los patrones de movimiento y ataque de los enemigos. Estaba solo, esperando. ¿Qué esperaba? Que alguien tocara a mi puerta.

Pronto volví a la realidad. Me encontraba frente al muro perimetral de una escuela, junto con otras personas que habían sido golpeadas y detenidas.

Sentí una tranquilidad inesperada cuando noté que el lugar estaba casi en silencio, excepto por algunos oficiales que, al parecer, estaban a cargo de la operación y gritaban órdenes de vez en cuando.

Frente a la fila de detenidos había varios oficiales que nos vigilaban. Pronto llegaron varios más con botellas de refresco y botanas varias. Entre ellos se encontraba una mujer que también vestía uniforme. Pidió que le sirvieran refresco y, cuando tuvo el vaso en la mano, se acercó a mí. Me había estado mirando desde antes, pero hasta ese momento supe por qué.

“¿Usted qué hace aquí, güerito?”, me preguntó con cinismo, y me miró de pies a cabeza. Aclaró que se notaba que venía del “otro lado”, se refería al muro que separaba los dos mundos: el que había estallado en llamas y en el que me encontraba en ese momento. Me ofreció su vaso para beber, diciendo que un “güerito fresa”, como yo, debía mantenerse hidratado para seguir guapo.

Accedí y bebí un poco, el gas provocó ardor en mi garganta, que hasta entonces me di cuenta estaba muy irritada. Ordenó que alguien me quitara las esposas y me ayudaran a levantarme. Sentí vergüenza en ese momento, ¿era cortés conmigo porque pensaba que tenía dinero? ¿Era por el color de mi piel?

Los demás detenidos me miraron con odio, parecían preguntarse lo mismo que yo. “Órale, váyase”, me dijo la oficial, y me señaló la calle, en dirección hacia los edificios de departamentos, que seguían ardiendo.

El panorama era desolador en cualquier dirección, pero tenía que aprovechar la oportunidad de irme de ahí. Recordé la urgencia que me abordaba y busqué el teléfono en mi bolsillo, pero no lo encontré, ni mi cartera. Pensé en preguntar si alguien los había tomado mientras estaba inconsciente, pero se me ocurrió que sería mala idea arriesgarme.

“Llégale, carnal”, me dijo otro de los oficiales, su expresión amenazante. Obedecí sin dudar más y comencé a correr sin un rumbo en particular, tratando de idear una forma de acercarme al domicilio de Dante.

Anduve durante un par de horas, a ciegas, tratando de ubicar alguna avenida grande o encaminarme hacia un lugar donde pudiera acceder a transporte público. Recordé que no tenía dinero, pero dadas las circunstancias, al menos podría detener un taxi que pasara por ahí y prometerle el pago al llegar a mi destino. Pensaba también en Dante, en su familia y la forma en que me recibirían, tal vez, si al menos abrían la puerta. Imagino que me creerían la historia que tenía para contarles, considerando que sabían del domicilio de Fernando y Laura.

El final de mi relación con la madre de Dante había sido abrupto, poco propicio, por decirlo con sutileza. Habían pasado ya tres años desde la última vez que había visto a mi hijo y todo apuntaba a que ese tiempo seguiría aumentando en tanto que yo no hiciera nada. Quedaba la esperanza, claro, de que en algún momento él decidiera verme, que cuando fuera un poco más independiente tuviera la necesidad de contactarme. Era una esperanza vaga, tan ligera que era fácil perderla de vista.

Pensé también en un sueño recurrente que había estado teniendo: jugando en la sala de mi departamento, esperando a que Dante llegara. Alguien tocaba a la puerta y esperaba que fuera él. El sueño terminaba justo cuando tocaba la perilla de la puerta, aunque algunas veces lograba abrir, pero esas ocasiones eran las peores, porque del otro lado no había nadie, sólo las escaleras y el vacío, la ausencia de la única persona que le daba significado a mi mundo.

La intermitencia de luces azules y rojas interrumpió mis cavilaciones. Vi en la esquina, a unos 10 metros de mí, una camioneta de la policía. Considerando lo que había pasado horas atrás, mi primer impulso fue correr hacia el otro lado, buscar un escondite, pero también pensé que podrían ayudarme, quizás. En todo caso, era demasiado tarde, pues a esa distancia y, dado que caminaba por el centro de la calle, era seguro que ya me hubieran visto.

Me detuve, aún dudando sobre lo que podría hacer y, al mismo tiempo, esperando algún movimiento de su parte. La patrulla se mantuvo inmóvil, quizá estaba desocupada. Si así era, podría tomarla y usarla para ir a casa de Dante, o al menos acercarme lo suficiente para tomar el taxi, salir del territorio desconocido.

Justo en ese momento sonaron disparos, una ráfaga de rifles automáticos perforó el metal del vehículo policial, de cuyo interior escaparon gritos de dolor. Las balas siguieron perforando la estructura de la patrulla durante un minuto, hasta que se hizo un silencio. Escuché el sonido de varias armas a las cuales se les cambiaba el cartucho y después, una imponente camioneta blanca, perfectamente pulida, de rines cromados, avanzó lentamente hasta topar con la defensa de la patrulla, a la que empujó hacia atrás con facilidad. Era el tipo de vehículo que consumía gasolina con salvajismo, iba flanqueada por varios hombres, tres frente a mí y, supongo, tres del otro lado. Una vez retirado el vehículo opositor, los hombres que portaban armas largas bajaron de la patrulla a dos oficiales, ya muertos. Los pusieron en el suelo, los bañaron en gasolina y les prendieron fuego a sus cadáveres.

El conductor descendió y los demás se formaron a su alrededor, era claro

quién tenía la autoridad en el grupo. Él fue el primero que me notó.

“¿Qué onda, güero?”, me gritó, y los demás voltearon también a verme. Algunos me apuntaban, otros sólo sonreían con sorna. “Usted no es de por aquí, ¿verdad?”, dijo el líder. “Qué anda haciendo tan solito?”, preguntó y me midió de pies a cabeza. Aunque mi ropa estaba sucia, notó que vestía con una elegancia poco habitual. Comentó a sus compañeros que a lo mejor venía de los fraccionamientos, y señaló hacia los edificios que, en la distancia, aún se encontraban en llamas.

Le pregunté al sujeto si sabía cómo llegar a periférico, fue lo primero que se me ocurrió en medio del estremecimiento y la parálisis física. Todos rieron de buena gana. El líder miró la hoguera, luego a su alrededor, a la calle silenciosa y desierta, y luego a mí, fijamente, a los ojos. Encendió un cigarrillo y se acercó a mí al tiempo que desenfundaba una pistola. Di un paso atrás, sentí el sudor acumularse en mis sobacos. Se me secó la boca. El sujeto se detuvo frente a mí y, en voz baja, me preguntó si tenía miedo. Lo miré directo a los ojos, apreté la boca e intenté pasar saliva, pero mi garganta se había convertido en un desierto árido en verano.

Se sacó el cigarrillo de la boca y exhaló el humo hacia un lado, con fuerza. Se acercó más, repitió la pregunta. Rechiné los dientes, mis piernas se negaban a moverse y, en cualquier caso, pensaba que era mejor mantenerme firme, aunque el instinto dictara lo contrario.

El sujeto soltó una carcajada estruendosa y me palmeó la mejilla con fuerza, en señal de buena voluntad. Me rodeó por el hombro y me forzó a caminar hacia sus compinches, que también reían. Algunos disparaban al aire. Celebraron mi “hombría” y me prometieron llevarme ellos mismos a un sitio de taxis, lo cual me alegró mucho, aunque antes tenían que hacer una parada.

El alivio que sentí se vio opacado por la realidad de los personajes con los que me estaba involucrando.

Subí a la camioneta sorprendido por la saturación del lujo interior: entre pantallas, bocinas, vestiduras de piel, incluso un minibar. El sujeto insistió en que me sentara junto a él en la fila frontal, mientras conducía. Sus hombres se apretujaron en las filas posteriores, incómodos, pero no repelaron ni un momento, supongo que era miedo lo que los hacía tolerar la situación.

Me preguntó qué era lo que hacía en ese lugar, le conté lo de las explosiones, me detuve un momento, por fin, a reflexionar sobre lo sucedido, sobre la posibilidad de que mis amigos estuvieran muertos. Le expliqué, más por impulso que otra cosa, que tenía que ir a ver a Dante, encontrar a mi hijo, así fuera lo último que hacía. Había perdido mi

teléfono y mi cartera, pero tenía que encontrar la forma de llegar.

El sujeto me miró con emotividad, asintió y me dijo: "La familia lo es todo, mi hermano", y siguió conduciendo. Tardé un poco en darme cuenta de que habíamos regresado al lugar donde la policía había asaltado a la gente del barrio. Los hombres de los asientos traseros tomaron sus armas, cortaron cartucho y se prepararon. La camioneta se detuvo a unos metros del retén, el conductor encendió todas las luces frontales e iluminó una línea de oficiales, que nos miraban con expectación.

La mujer que me había dejado ir antes estaba entre los policías, se adelantó a la fila y se detuvo frente a la camioneta. El conductor me indicó que lo esperara un poco y bajó del vehículo. Se encontró con la oficial, hablaron un poco, se notaba la tensión entre ellos. La conversación era agresiva, pero controlada. Por último, el sujeto asintió, se notaba que no estaba contento. Le estrechó la mano y volvió a la portezuela, sus hombres también se replegaron mientras la mujer volvía con sus oficiales.

El otro abrió y metió medio cuerpo a la camioneta, sacó de bajo su asiento un rifle y revisó que estuviera cargado, volvió a salir y, junto con sus hombres, abrió fuego sobre todos los integrantes de la fuerza policial.

La batalla duró algunos minutos, dos de los hombres del conductor resultaron heridos y uno más, muerto, pero habían logrado vencer a sus oponentes. Los sobrevivientes del bando enemigo se habían quedado sin munición y por eso habían perdido, en última instancia, aunque eran más.

Quedaban unos ocho policías, incluida la comandante. Los formaron a todos en una línea, los ataron de pies y manos y los fueron ejecutando, uno a uno, con suma crueldad. Yo temblaba en el interior de la camioneta, sin saber qué hacer.

Tal vez podría llevarme la camioneta, pero las llaves no estaban en la ignición. Entonces vi que el sujeto había dejado su pistola en el asiento. ¿Me serviría de algo? Al menos podría defenderme contra uno de ellos, quizás. Tomé el arma y bajé, miré hacia atrás, tal vez podría escapar si corría, pero aún no tenía idea a dónde ir ni cómo hacer para salir de la zona.

El conductor se acercó a mi mientras sus hombres seguían ejecutando a los sobrevivientes. Guardé el arma en mi pantalón, era muy incómodo, a diferencia de lo que se veía en las películas. Me preguntó si estaba bien, que ya estaban a punto de terminar, sólo tenían que arreglar cuentas con la mujer y ver si sus socios en el barrio se encontraban bien.

Me invitó a acercarme a la escena donde ahora sólo quedaba ella, de rodillas frente a los tres matones. No quería hacerlo, pero tampoco me dejó otra opción, así que con mucho recelo lo acompañé.

Cuando la mujer me vio, me reconoció de inmediato, me miró apenas un instante más, con lo que me atreví a interpretar como una súplica, después agachó la cabeza. Dos de los matones la levantaron, ella forcejeaba, se sacudía con toda su fuerza. La golpearon, burlándose de sus esfuerzos, de su absoluta negativa a aceptar el destino que se cernía sobre ella. Sentí una opresión en el pecho, me inundó un vértigo súbito. El tacto del arma contra la piel de mi espalda baja se tornó en un hierro ardiente que me quemaba. ¿Qué podría hacer yo? ¿Qué podría hacer para salvarle la vida?

Una cosa había sido observar la escena desde lejos, pensar que de alguna forma podría salvarme de estar involucrado en todo aquello, pero esa cercanía, la posibilidad de alcanzarla con sólo extender el brazo cambiaba todo. Me di cuenta por fin que estaba ahí, en ese momento, que tenía la elección de hacer algo o mantenerme quieto.

¿Qué pensaría Dante de mí?

Pero podría morir y entonces, no importaría lo que él pensara de mí.

¿Qué era, entonces, lo último que le diría al mundo antes de irme? ¿Podría vivir los años que me quedaran sabiendo que no hice nada?

Temblé con mayor intensidad en ese momento, aún indeciso, o más bien, paralizado por el terror de lo que vendría a continuación.

Mientras los hombres del conductor alejaban a la mujer y la metían a un callejón, saqué la pistola que llevaba en los pantalones y le apunté al sujeto que estaba frente a mí. Le grité que la dejara ir, que nos dejara ir a los dos. Él me miró, les señaló a sus hombres que siguieran adelante.

Me advirtió que no me metiera en sus asuntos y que guardara el arma, pero no lo hice. Entonces sonrió y me dijo que disparara, que la única opción que me quedaba era hacerlo y matarlo de un solo tiro, porque de otra forma me iba a ir muy mal. Apreté los dientes con fuerza, tomé el arma con las dos manos y le apunté a la cabeza. Él soltó de nuevo su carcajada estruendos. Disparé. Fallé.

El arma reculó en mis manos y me dobló las muñecas, fue algo inesperado. El sujeto se abalanzó sobre mí, pero antes de que pudiera llegar disparé de nuevo, esta vez a su cuerpo. Logré herirlo, pero no detenerlo del todo, por lo que cayó sobre mí y fuimos a dar al suelo. Aún se movía, aunque estaba sorprendido por la herida en su pecho. Trató de quitarme el arma, pero la fuerza le fue fallando hasta que dejó de

moverse, su respiración se detuvo y la última palabra que salió de su boca fue algo ininteligible.

Dos de sus hombres volvían a toda velocidad para encontrar a su jefe de bruceas en el suelo, pues ya me había liberado de su peso y corría hacia el otro lado, por la calle. Escuché a mi espalda que abrían fuego sobre mí, escuché el zumbido de las balas a mi alrededor y sentí en la espalda un agujón que se clavó en mí. Después, calor en el abdomen.

“Dante”, pensé, “Voy hacia ti. Ya voy, hijo”.

El calor descendía por mi abdomen y llegó hasta mi muslo. Sentí la fuerza abandonar mis piernas y caí de rodillas. Apoyé las manos en el suelo para evitar caer del todo. Me senté sobre mis pantorrillas.

“Dante, ya estoy cerca. Espera, por favor”.

Estaba cansado, de pronto sentía más cansancio que nunca antes en mi vida. Miré al cielo, el fuego y el humo ocultaban las estrellas, parecía el firmamento de una zona de guerra. Apenas escuchaba los pasos de los hombres detrás de mí.

“Dante, tengo un juego nuevo, es para dos jugadores”.

Respiraba rápidamente, agitado por la aventura de la noche. Perdí el control de mi torso y caí, con suavidad, sobre mi costado. Sentí las lágrimas en mis ojos y me pregunté por qué estaba triste. Le contaría a mi hijo sobre mi aventura, sobre cómo salvé a esa mujer que me había ayudado.

Mi respiración se sincopaba, entre cada inhalación y exhalación me veía de vuelta en el departamento, esperando a que Dante llegara. Escuché de otro plano los disparos. Sentí las balas que se clavaban en la carne, ahora ajena.

Alguien tocó a la puerta, sentí emoción, anticipación por volver a ver a mi hijo, por fin, después de tanto tiempo. Pausé el juego y fui a la puerta.

Abrí y mi mundo se iluminó.

*Hello, domo,*

*boku wa doko*